

propio juicio, y cuán apegada estáis á la vanidad! Ya lo veis: aún os hablo como á mi querida Hija, porque os escribo con un afecto y ternura enteramente maternal. Pero ¿qué os he de decir, sino que el espíritu humano, los consejos y las invenciones de la carne os echan á perder? ¡Ay! ¿No queréis salir de ese mal camino y de todo ese fango, ó bien queréis hacer tres males perseverando en él? Primeramente, ofender á Dios, que es el mayor y más terrible mal que puede hacerse; manchar vuestra alma, y causar á la mía dolor sobre dolor. Me decís una palabra al fin de vuestra carta, que me ha dado una noche muy mala y un sueño muy interrumpido. Debo deciros la verdad: me hacéis verter muchas lágrimas. Me decís que obedeceréis en todo menos en uniros á nuestra Hermana N. Hija mía, ¿qué palabras son éstas? ¿No sabéis que si no estáis unida con vuestro prójimo, tampoco lo estaréis con Dios? ¡Oh Jesús mío! ¡cuán sensible es esto para mí! ¿Qué os ha hecho vuestra Hermana N.? Ciertamente no lo sé. Según mi costumbre, he procurado enterarme bien de este negocio y casi siempre la encuentro inocente. Y aunque fuera culpable, ¿no sabéis que es menester amar á los que nos aborrecen, y bendecir á los que nos maldicen? Nunca, gracias á Dios, os he enseñado otra cosa... No escribo más por mi dolor de cabeza. Aprovechaos de esto, Hija mía, y creed que os lo digo con un corazón de madre. Hago que se ruegue mucho por vos, y yo misma ruego muchísimo, porque tengo lástima del estado en que os halláis. Pero abrigo la esperanza de que el Señor os pondrá todo sobre los ojos para que los abráis. Ya me entendéis.»

Cartas tan amantes y tan fuertes y oraciones tan santas, no debían ser infructuosas. La pobre Hermana empezaba á vislumbrar sus extravíos, y á dar alguna esperanza de enmienda. Es digno de ver cómo la Madre de Chantal la anima, la sostiene, la ilustra y la guía,

llevándola por fin á la conversión más sólida y completa. Penetrada de dolor á vista de sus extravíos, fué á echarse á los pies de la Madre de Chantelluz, pidiéndole perdón de sus faltas y confesando sus calumnias con tantas lágrimas, que la Superiora no sabía cómo consolarla. Corrió enseguida á cortarse el cabello, arrancó las tapicerías y alfombras de su cuarto, quitó los cuadros de valor, y pidió la gracia de volver al noviciado. Estuvo en él doce meses haciendo continua penitencia y una vida ejemplar, al cabo de los cuales quiso renovar su profesión públicamente. Todas las personas principales de la ciudad, invitadas por ella, la oyeron pedir perdón de su criminal conducta, y al fin de la ceremonia rompió en su presencia los papeles de sus privilegios de fundadora, considerándose muy feliz—decía—en poder ocupar el último lugar en una casa de la que había merecido ser echada. No vivió después de esto más que quince meses, durante los cuales no cesó de aumentarse su fervor, muriendo, en fin, en olor de santidad (1).

Mientras que la Madre de Chantal concluía este asunto, que tantos afanes le había costado y que le proporcionó luego tanto consuelo, supo una noticia que llenó su corazón de amargura. La Superiora de uno de los monasterios de la Visitación había violado la clausura. Había ido á las aguas de Bourbon, y á su vuelta se fué á descansar al campo, en casa de uno de sus hermanos. Se decía también, pero esto no se probó, que se había portado en los baños con tales exigencias y tanta ostentación, que los posaderos habían dicho que querían servir mejor á un gran señor «que á la señora Abadesa de Santa María,» que así es como se hacía llamar, decían.

(1) *Fundación inédita de Moulins*, pág. 69.—*Vidas de muchas Superiores*, etc. *La Madre Elena de Chantelluz*, pág. 262.—Casi todas las cartas de la Madre de Chantal, relativas á este negocio y al siguiente, y hay unas veinte, no se han publicado jamás.

Enferma entonces la Madre de Chantal, y no pudiendo ponerse en camino, escribió á la Superiora acusada para saber por ella misma la verdad. «En primer lugar, os aseguro, hija mía, que ninguna de vuestras Hermanas me ha escrito, y que no he sabido lo que ha pasado porque me lo hayan comunicado del vuestro, sino de otros nuestros monasterios. Enterados algunos de vuestra salida para ir á las aguas de Bourbon, me han referido algunas particularidades de vuestro viaje, que, sin son ciertas, ocasionarán un grande perjuicio y escándalo, no sólo á vuestras Hermanas, sino á toda la Orden, porque me han escrito diciendo que habiais ido con dos carruajes, y que en uno ibais vos con una Hermana, un Padre Mínimo, vuestro hermano y un médico; yendo en el otro tres religiosas con una tornera y otras personas seglares, y que en Bourbon vuestra casa estaba abierta indistintamente á todos. Si esto es así, mi muy querida Hija, decidmela verdad. En cuanto á lo de que estabais obligada, bajo pena de pecado mortal, á obedecer el mandato de ir á las aguas, os diré, hija mía, que este es un mandato arrancado, y no impuesto *motu proprio* por vuestro Ilmo. Prelado, el cual, ciertamente, no os hubiera mandado salir, si con la humildad y el respeto debidos le hubierais hecho las observaciones oportunas; y por esto, sin duda, dicen vuestras Hermanas que despreciáis al Bienaventurado y á mí, porque no habéis seguido sus intenciones y las mías, conforme á lo que digo en las *Respuestas*. Y, por último, si todo lo que se dice respecto á los paseos que habéis dado después de estar en Bourbon, y todo lo que se me indica es verdad, ciertamente, hija mía, tal conducta es enteramente contraria á la costumbre y espíritu de nuestro Instituto. Por tanto, espero saber la verdad.»

Y como la Superiora se quejase de sus religiosas, y fuese cierto que éstas, disgustadas con ella, habían

murmurado mucho, la Santa, con ese talento tan medido y moderado que nunca se alabará bastante, añade: «Por lo demás, vuestras Hermanas han hecho muy mal en haberse rebelado contra la obediencia, porque si tenían algo que decir, con humildad y caridad debían haberlo hecho saber á los que podían remediar el mal, y no quejarse ni murmurar por dentro y por fuera, lo cual está muy mal hecho; verdaderamente no se engañan cuando piensan que no son de mi gusto las murmuraciones; pero apruebo las humildes y caritativas advertencias, y no me parece mal que se hagan, siempre que sean justas.»

Y después de haber indicado el único remedio oportuno, á saber, que fuese allí un buen sacerdote con algunas religiosas de virtud, añade estas fuertes palabras, para hacer comprender á la Superiora culpable que no la engañaba con sus artificios: «Por lo demás, mi querida Hija—le dice,—no puedo dejar de manifestaros con mi ordinaria sinceridad, que me admiro de que vos, que mostráis tener tan particular confianza conmigo, deis golpes tan dolorosos al Instituto, sin decirme nada hasta que lo habéis hecho. Porque, por ejemplo, de vuestro viaje á Bretaña, del de los baños, y de esa fundación, para la cual habéis recibido ya dos jóvenes, nada he sabido hasta que todo ha estado hecho. No es esto porque quiera yo sujetaros á que me lo comunicéis, sino para haceros ver que no soy tan tonta que no conozca que me preguntáis mi opinión en cosas muy pequeñas para entretenerme, y en las importantes, en que tal vez podría deciros algo que os fuese útil, obráis como os parece, y después me preguntáis... Perdonad, mi querida Hija, si os hablo así; no puedo dejar de decir la verdad á todas las del Instituto mientras me dure la vida: que se tome bien ó mal, no está en mi mano; hago lo que mi conciencia me dicta, y no porque quiera yo hacer de Madre sobre

todas las demás, sino porque me considero obligada á proceder así.»

La Superiora culpable respondió de una manera evasiva, y, siendo ya preciso proceder á la destitución canónica, la Santa fundadora, antes de dirigirse á la autoridad eclesiástica, que era la única que podía remediar estos males, resolvió hacer el último esfuerzo con la misma Superiora, para determinarla á hacer por sí misma la renuncia: «Os lo digo francamente—añadía al concluir su carta;—es del todo necesario que dejéis vuestro cargo para gloria de Dios, restauración de vuestra casa y buena fama del Instituto; y sería mucho más honroso para vos el que lo solicitaseis con vuestras instancias y ruegos, por lo cual os suplico lo hagáis así. De otro modo, lo hará vuestro Ilmo. señor Obispo.»

No recibiendo respuesta ninguna, la Santa escribió, en efecto, al Obispo, rogándole que pusiese remedio á tantos males, mandando cesar en su cargo á la que los causaba. La primera carta no dió resultado, porque el Obispo estaba muy prevenido en favor de la culpable. Pero la Santa volvió á escribirle una tras otra dos humildes cartas, concebidas en términos tan expresos y terminantes, y con detalles tan precisos, que por fin vió claro el Obispo, y reconoció, como lo escribió á la Santa, que esta Superiora no era de modo alguno capaz de gobernar, no teniendo cabeza para ello; y fué al monasterio decidido á obrar con energía. La Superiora fué canónicamente depuesta por haber infringido gravemente las reglas, y condenada á no ejercer jamás autoridad alguna en la Orden, y á vivir en ella perpetuamente deshonorada. Se le hizo también salir de aquel monasterio, al que había puesto á dos dedos de su ruina, y se la trasladó á otro diferente.

Para remediar enteramente tantos males, se tomó también la determinación de distribuir entre las casas

más fervorosas aquellas Hermanas sobre las cuales había tenido más influencia la culpable, reemplazándolas con religiosas de gran virtud, que devolvieron muy pronto la paz y el fervor al monasterio. Y como éste se hallaba gravado con numerosas deudas, la Santa escribió á todas las Casas de la Orden, rogándolas ayudasen á este pobre monasterio. Entonces se vió brillar de un modo admirable la unión íntima, la caridad y el desinterés de los monasterios de la Visitación. En aquellos años de peste y de escasez, cuyos horrores contaremos muy pronto, cuando cada Comunidad sufría hambre, por decirlo así, y que la misma Santa decía: «Hay tanta y tanta pobreza en nuestras Casas, que es una compasión,» se vió á los monasterios imponerse cargas enormes para aquellos tiempos, pagar deudas considerables, y algunos años después, esta Casa, arruinada en lo espiritual así como en lo temporal, era contada entre las más santas y florecientes de la Orden.

Por lo demás, la Superiora depuesta dió á todo el Instituto un ejemplo inmortal, del modo con que se deben expiar públicamente las faltas públicas. Durante los dos años y algunos meses que aún vivió abrumada de humillaciones, á las cuales se juntaron bien pronto grandes penas interiores y dolorosas enfermedades, no exhaló ni una palabra de queja: Jesucristo crucificado era todo su estudio. Sobre todo, los últimos meses de su vida los pasó ocupada en actos de la más viva contrición y fervorosa penitencia. Murió santamente á los treinta y seis años de edad no cumplidos, habiendo consolado á la Madre de Chantal y edificado tanto á sus Hermanas, que han olvidado sus faltas y conservado de ella hasta nuestros días una tierna memoria.

¿Y cómo consiguió la venerable Madre de Chantal reformar los abusos, curar las almas, y mantener la regularidad y el fervor? A fuerza de actividad, energía y dulzura, y sin haber tenido que valerse de su autoridad

ni una sola vez. « Yo no os digo esto por alardear de autoridad — escribía concluyendo la carta última acerca de este desgraciado asunto. — ¡Oh! no, queridas Hermanas mías, porque no la tengo ni la deseo, por la gracia de Dios, sino la que la santísima caridad me da como á vuestra Hermana mayor, que os ama, y os desea todos los bienes, y la perfección que deseo á mi propio corazón. »

Se ve por estas cartas, y por el modo de manejar estos negocios, lo que era la Madre de Chantal; muy fuerte y muy enérgica: este fué el lado más brillante de su carácter; pero moderada en su fortaleza y templando su energía con la humildad y la prudencia; pronta á morir y á dejarse crucificar, como decía, antes que tolerar un abuso ó la violación de una sola regla; pronta también á dar toda su sangre, todo su corazón, por iluminar, mover, convertir y atraer á todas las hijas de la Visitación que pudieran extraviarse. No tuvo, como Santo Domingo, ó San Francisco de Asís, la gloria de crear su Orden, ni como Santa Teresa, el dolor de reformarla; pero tuvo la humilde felicidad de cooperar á su fundación, y acabar de organizarla después de la muerte de San Francisco de Sales, de propagarla en todas las partes del mundo, de defenderla contra los mil peligros que asaltan á todas las obras nacientes y de mantener en ella hasta el fin de su vida el fervor, la unión, la fecundidad, y en este concepto merece seguramente ser contada entre los más grandes personajes que la Iglesia venera con el nombre de fundadores de las Ordenes religiosas.



## CAPÍTULO XXIII

La Orden de la Visitación se difunde por todas partes.—  
Viaje de la Santa á Lorena.—Dios manifiesta más y más  
la santidad de la venerable Fundadora.

1624-1626

**E**RA imposible que una Orden dirigida como la de la Visitación, en la que florecían tantas virtudes, en donde los abusos eran reprimidos tan enérgicamente, y que después de haber tenido por fundador á un Obispo de tan santa y amable memoria, tenía ahora por guía una mujer de virtud tan admirable, no se extendiese con gran rapidez. Así es que las fundaciones se propagaban por todas partes.

Véase ahora el orden que en ellas se seguía. Un poco antes de la partida, las Hermanas elegidas para ir á fundar una casa se ponían de rodillas en medio del Capítulo y juraban solemnemente vivir y morir en la observancia de las reglas, constituciones y costumbres del Instituto y hacerlas guardar inviolablemente. Se escribía esta protestación en el libro del Capítulo y todas la firmaban; después se daban las Hermanas el ósculo de despedida. Sin embargo, no se emprendía la marcha antes de haber obtenido el permiso del Prelado y de los magistrados del lugar adonde se iba á hacer la fundación (1). Si las Hermanas iban á caballo, como sucedía

(1) *Costumbres*, art. 2.º de las fundaciones, pág. 6.